

II

Por la mañana, en el *Monitor*, habíase anunciado la dimisión de Rougón, quien se retiraba por «motivos de salud». Después del almuerzo había ido al Consejo de Estado, queriendo desde aquella misma tarde dejar el puesto libre á su sucesor. Y, en el gran gabinete rojo y oro reservado al presidente, sentado ante la colosal mesa escritorio de palisandro, vaciaba los cajones, clasificaba papeles, que ataba en paquetes con trozos de bramante color de rosa.

Tocó el timbre y entró un ujier, hombre corpulento, que había servido en caballería.

—Tráigame usted una bujía encendida—dijo Rougón.

Y, al retirarse el ujier, después de haber puesto sobre la mesa uno de los pequeños candelabros de la chimenea, le volvió á llamar.

—¡Merle, escuche usted! No permita que entre nadie. ¿Entiende usted? Nadie.

—Está bien, señor presidente—contestó el ujier, quien cerró la puerta sin hacer ruido.

Rougón dejó ver una imperceptible sonrisa. Volvióse hacia Delestang, quien se hallaba en pie al otro extremo de la estancia, ante un estante, cuyos compartimientos examinaba atentamente.

—Ese bueno de Merle no há leído el *Monitor* esta mañana—dijo por lo bajo.

Delestang movió la cabeza, no ocurriéndosele nada que decir. Tenía una magnífica testa; era muy calvo, pero la suya era una de esas calvicies precoces que gustan á las mujeres. Su desprovisto cráneo, que le agrandaba desmesuradamente la frente, le daba un aspecto de vasta inteligencia. Su sonrosado rostro, un tanto encuadrado y sin un pelo de barba, traía á la memoria esas caras correctas y pensativas, que los pintores de imaginación se complacen en prestar á los grandes hombres políticos.

—Merle le es á usted muy devoto—concluyó por decir.

Y volvió á fijar la mirada en un legajo que examinaba. Rougón, que había arrugado un puñado de papeles, les prendió fuego en la bujía y luego les echó en una ancha copa de bronce, colocada en un rincón del despacho. Estuvo mirádoles arder.

—Delestang, se servirá usted no tocar los legajos de la parte baja—repuso.—Los hay que á mí sólo me es dado entender.

Entonces, ambos continuaron su tarea en silencio,

durante un buen cuarto de hora. Hacía un sol espléndido, el sol penetraba por los tres ventanales que daban al malecón. Uno de ellos, entreabierto, dejaba pasar las ténues y frescas brisas del Sena, que alzaban á veces la franja de seda de los cortinajes. Papeles arrugados, tirados sobre la alfombra, tomaban vuelo con ligero rumor.

—Mire usted, mire usted esto—dijo Delestang poniendo en manos de Rougón una carta que acababa de encontrar.

Rougón tomó la carta y la quemó con todo sosiego en la bujía. Tratábase de una carta delicada. Y hablaron con entrecortadas frases, interrumpiéndose á cada minuto, con la nariz metida en los papelotes. Rougón daba las gracias á Delestang por haber ido á ayudarle. Aquel «buen amigo» era el único en cuya compañía podía lavar la ropa sucia de sus cinco años de presidencia. Habíale conocido en la Asamblea legislativa, en donde ambos se sentaban en el mismo banco, al lado el uno del otro. Allí era en donde había concebido verdadera inclinación por aquel bello joven, diputándole por adorablemente necio, vacío de sentido y soberbio por añadidura. Decía con frecuencia, como convencido, que «aquel demontre de Delestang irá lejos». Y le prestaba su apoyo, hacíasele suyo por el agradecimiento y le utilizaba como un mueble en el cual encerraba cuanto no podía guardar dentro de sí.

—¡Cuán necios somos guardando papeles!—murmuró Rougón abriendo otro cajón que rebosaba.

—Aquí tenemos una carta de mujer—dijo Delestang con guiñar de ojos.

Rougón se rió de buena gana hasta el punto de que todo su robusto cuerpo parecía descoyuntarse. Tomó la carta, haciendo mil protestas. En cuanto hubo leído las primeras líneas, exclamó:

—¡El jovencito d'Escorailles es quien la ha extraviado aquí!... ¡Lindos arambeles son las tales artistas! Con tres líneas de puño de una mujer se va lejos.

Y mientras quemaba la carta, añadía:

—Ya lo sabe usted, Delestang, ¡no se fíe usted del sexo débil!

Delestang bajó la cabeza. Siempre se encontraba embarcado en algún amorío escabroso. En 1851 hasta estuvo amenazado de comprometer su porvenir en política; hallábase entonces perdido de amores por la mujer de un diputado socialista, y las más de las veces, para complacer al marido, votaba con la oposición contra el Elíseo. Así fué que el 2 de diciembre, fué víctima de un accidente tan desgraciado como imprevisto. Mantúvose encerrado durante dos días, perdido, anonadado, temblando de que se le fuese á poner á buen recaudo de un instante á otro. Rougón tuvo que sacarle de aquel mal paso, decidiéndole á no presentarse en las elecciones y llevándolo al Elíseo, en donde pescó para él una plaza de consejero de Estado. Delestang, hijo de un tratante en vinos de Bercy, antiguo abogado, propietario de una granja modelo cerca de Sainte-

Menehould, era archimillonario y habitaba en la calle del Coliseo un hotel elegantísimo.

—Sí, no os fiéis de las mujeres—repetía Rougón, que hacía una pausa á cada palabra para dirigir miradas á los legajos.—Cuando las mujeres no os ponen una corona en la cabeza, os echan una cuerda al cuello... A nuestra edad, ya lo sabe usted, precisa andar con tiento con nuestro corazón y con nuestro estómago.

En esto se oyó un gran ruido en la antesala. Percibíase la voz de Merle, que defendía la puerta. Y, bruscamente entró un hombrecillo, diciendo:

—¡Eh! ¡qué diantre! tengo que estrechar la mano á mi caro amigo.

—¡Calle! ¡Du Poizat!—exclamó Rougón sin levantarse.

Y, como Merle hiciese grandes demostraciones para excusarse, le mandó que cerrase la puerta. En seguida, con toda tranquilidad:

—Creía que se hallaba usted en Bressuire... ¡Qué! ¡se abandona una subprefectura como si fuese una vieja querida!...

Du Poizat, delgado, con cara de garduña, con blanquíssimos dientes, pero mal colocados, se encogió ligeramente de hombros.

—Estoy en París desde esta mañana, para asuntos del servicio, y no contaba con ir hasta esta noche á estrecharle á usted la mano, calle de Marbeuf. Le habría pedido á usted que me convidara á comer... Pero así que he leído el *Monitor*...

Y arrastró una butaca hasta delante de la mesa y se instaló sin rodeos frontero á Rougón.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que pasa? Yo llego del fondo de las Deux Sèvres... Ya he barruntado algo por allí; pero estaba muy lejos de sospechar... ¿Por qué no me ha escrito usted?

Rougón, á su vez, se encogió de hombros. Era evidente que Du Poizat había sabido allí su desgracia y que acudía á ver si habría todavía medio de agarrarse á las ramas. Miróle hasta el fondo del alma, diciendo:

—Le habría escrito á usted esta noche... Conque, amigo mío, á presentar la dimisión.

—Esto es cuanto quería saber; presentaré la dimisión—contestó sencillamente Du Poizat.

Levantóse y se puso á silbar una tonada. Andando á paso menudo por la habitación, vió á Delestang, de rodillas sobre la alfombra, en medio de un diluvio de legajos. Fué, sin decir una palabra, á darle un apretón de manos y luego sacó del bolsillo un cigarro que encendió en la bujía.

—Se puede fumar, puesto que hay mudanza de casa—dijo instalándose de nuevo en el sillón.—¡Es muy divertido esto de mudarse!

Rougón se absorbía con un rollo de papeles, que leía con profunda atención. Escogíalos con todo cuidado, quemando unos y conservando otros. Du Poizat, con la cabeza retrepada, arrojando por las comisuras de los labios ligeros hilitos de humo, le miraba obrar. Habíanse conocido unos meses antes

de la revolución de febrero. Ambos habitaban á la sazón en casa de madama Melania Correur, hotel de Vanneau, calle de Vanneau. Du Poizat se encontraba allí como compatriota; había nacido, al igual que madama Correur, en Coulonges, pequeña ciudad del distrito de Niort. Su padre, que era alguacil, lo había mandado á estudiar la carrera de Derecho á París, en donde le tenía señalada la exorbitante pensión de cien francos mensuales, á pesar de que había ganado bonitas sumas, prestando á la semana; la fortuna del buen hombre resultaba tan inexplicable hasta en el país, que se le acusaba de haber encontrado un tesoro, en el fondo de un viejo armario, cuyo embargo había trabajado. Desde los primeros tiempos de la propaganda bonapartista, Rougón utilizó á aquel muchacho flacucho, que se comía furiosamente sus cien francos mensuales, con inquietadoras sonrisas; y ambos fueron de consuno cómplices en los asuntos más delicados. Con el andar de los tiempos, cuando Rougón quiso entrar en la Asamblea legislativa, Du Poizat fué quien llegó á trabajar su elección por todo lo alto en el distrito de los Deux-Sèvres. Luego, después del golpe de Estado, Rougón, á su vez, hizo los imposibles á favor de Du Poizat, haciéndole nombrar subprefecto en Bressuire. El joven, que contaba apenas treinta años, habíase propuesto triunfar en su país, á algunas leguas de su padre, cuya avaricia le martirizaba desde su salida del colegio.

—¿Y el papá Du Poizat, cómo anda?—preguntó Rougón sin alzar los ojos.

—Demasiado bien—contestó el otro sin rodeos.—Ha puesto de patitas en la calle á su última criada, porque se comía tres libras de pan. Ahora tiene tres escopetas cargadas detrás de la puerta, y cuando voy á verle, no tengo más remedio que parlamentar por encima de la pared del patio.

Sin dejar de hablar, Du Poizat se había inclinado y registraba con los dedos el interior de la copa de bronce, en donde quedaban algunos fragmentos de papel medio consumidos; mas como Rougón se hubiese percatado de aquel juego, alzó vivamente la cabeza. Siempre había tenido algún miedo de su antiguo lugarteniente, cuyos blancos y mal colocados dientes se asemejaban á los de un lobo. Su gran preocupación, en otro tiempo, cuando trabajaban juntos, consistía en no dejar en su poder el menor documento comprometedor. Por esto, al ver que trataba de leer las palabras que habían quedado intactas, echó en la copa un puñado de cartas ardiendo. Du Poizat comprendió á las mil maravillas; pero se sonrió y lo echó á broma.

—Día de gran limpieza—murmuró.

Y, tomando un par de grandes tijeras, sirvióse de ellas como de unas pinzas. Quemaba á la llama de la bujía las cartas que se iban apagando, hacía que ardieran en el aire las bolas de papel sobrado apretadas; y removía los residuos abrasados, como si hubiese agitado el humeante alcohol de una fuente

de ponche. Las chispas corrían de acá para allá en la copa, mientras que subía un azulado humo, dirigiéndose suavemente á la ventana abierta. La bujía chisporroteaba á ratos y luego ardía con ingente y viva llama.

—Esta su bujía de usted se parece á un cirio—
—agregó Du Poizat echándolo á guasa.—¡Eh! ¡qué entierro, caro amigo! ¡cuántos muertos que enterrar en la ceniza!

Rougón iba á contestar, cuando un nuevo rumor llegó de la antesala. Merle, por segunda vez, defendía la puerta. Mas como las voces iban en aumento:

—Delestang, hágame el favor de ir á ver qué es lo que pasa—dijo Rougón.—Si me dejen ver, nos vamos á ver acosados.

Delestang abrió prudentemente la puerta, que volvió á cerrar tras sí; pero asomó enseguida la cabeza, diciendo:

—Es Kahn quien está ahí.

—Pues bien, que entre—dijo Rougón.—Pero él solo ¿entiende usted?

Y llamó á Merle para darle nuevas órdenes.

—Pido á usted mil perdones, querido amigo—
repuso volviéndose hacia Kahn, cuando el ujier hubo salido.—¡Pero estoy tan ocupado!... Siéntese usted al lado de Du Poizat y no se muevan; de otro modo les planto en la puerta á los dos.

El diputado no pareció ni por soñación conmovido por aquella acogida brutal. Estaba acostumbrado á

las genialidades de Rougón. Tomó un sillón y sentóse junto á Du Poizat, que encendía un segundo cigarro. Y luego, después de haber respirado fuerte:

—Ya hace calor—dijo.—Vengo de la calle de Marbeuf, pues creía encontrarle á usted todavía en su casa.

Rougón no contestó nada, y hubo unos instantes de silencio. Continuaba arrugando papeles y los echaba en una canastilla que había acercado junto á sí.

—Tengo que hablar con usted—repuso el señor Kahn.

—Hable usted, hable usted—dijo Rougón.—Le escucho.

Pero el diputado pareció de repente hacer alto en el desorden que reinaba en la habitación.

—¿Qué es, pues, lo que está usted haciendo?—le preguntó con fingida sorpresa.—¿Cambia usted de gabinete?

El acento era tan natural, que Delestang tuvo la complacencia de molestarse para poner un *Monitor* ante la vista del señor Kahn.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó éste en cuanto hubo echado una mirada al periódico.—Yo creía que el asunto quedaba arreglado desde anoche. Es una verdadera fatalidad... Ah, mi querido amigo...

Habíase levantado y estrechaba las manos á Rougón. Este le miraba y no decía una palabra; en su redondo semblante dos anchos pliegues de mofa aparecían en las comisuras de sus labios. Y como

Du Poizat afectase indiferencia, Rougón sospechó que se habían visto por la mañana; con tanto mayor motivo cuanto que el señor Kahn había descuidado parecer admirado, al reparar en el subprefecto. Uno de ellos debió de haber venido al Consejo de Estado, mientras que el otro corría á la calle de Marbeuf. De este modo estaban seguros de no dejar de dar con él.

—¿Conque tenía usted algo que decirme?—repuso Rougón con su ademán placentero.

—No hablemos de eso ya, mi querido amigo—exclamó el diputado.—Bastante tarea tiene usted encima. No sería yo quien vendría en un día semejante á atormentarle todavía más con mis miserias.

—No, no se reprima usted; diga usted lo que le parezca.

—¡Pues bien! se trata de mi asunto, ya sabe usted, de aquella maldita concesión... Hasta estoy contento de que el señor Poizat esté aquí. El podrá proporcionarnos ciertos informes.

Y, sin escasear detalles, expuso la situación en que se encontraba su asunto. Tratábase de una vía férrea de Niort á Angers, cuyo proyecto acariciaba hacía tres años. La verdad era que aquel ferrocarril pasaba á Bressuire, en donde poseía altos hornos, cuyo valor debería de convertirse en diez veces mayor; hasta allí, los transportes permanecían siendo difíciles, la empresa no hacía sino vegetar. Luego, en la emisión de acciones del proyecto, había toda una esperanza de pesca en agua turbia de las

más productivas. Así era que el señor Kahn desplegaba una actividad prodigiosa para obtener la concesión; Rougón le apoyaba enérgicamente, y la concesión iba á ser otorgada, cuando el señor de Marsy, ministro del Interior, enfurruñado por no tener parte en el negocio, en el que olfateaba chanchullos soberbios, y deseoso por otra parte de disgustar á Rougón, había empleado toda su alta influencia para combatir el proyecto. Con la audacia que le hacía tan temible, hasta acababa de hacer ofrecer la concesión por el ministro de Obras públicas al director de la Compañía del Oeste; y hacía correr el rumor de que tan sólo la Compañía podría llevar á buen término un enlace, cuyos trabajos demandaban serias garantías. El señor Kahn iba á verse despojado. La caída de Rougón consumaba su ruina.

—Supe ayer—dijo,—que un ingeniero de la Compañía estaba encargado de estudiar un nuevo trazado... ¿Ha llegado á su noticia algo sobre esto, señor Poizat?

—Ya se ve que sí—contestó el subprefecto;—y hasta se ha dado comienzo á los estudios... Se trata de evitar el recodo que usted hacía, para ir á pasar á Bressuire. La línea marcharía en derecha por Parthenay y por Thouars.

El diputado hizo un gesto de desaliento.

—Eso es persecución—murmuró.—¿Qué les va ni les viene que pase por mi fábrica?... Pero protestaré, escribiré una Memoria en contra de su trazado... Me vuelvo á Bressuire con usted.

—No, no me espere usted—dijo Du Poizat sonriendo.—Parece que voy á presentar mi dimisión.

El señor Kahn se dejó caer sobre su sillón, como amenazado por una última catástrofe; restregábase la sotabarba con ambas manos, y miraba á Rougón en actitud suplicante. Este había dejado ya sus legajos, y con los codos apoyados en la mesa, escuchaba.

—Usted quiere que le dé un consejo, ¿verdad que sí?—le dijo por último con rudo acento.—Pues bien, háganse ustedes los muertos, mis buenos amigos; procuren que las cosas queden tal como están y esperen á que volvamos á ser los amos... Du Poizat va á presentar su dimisión, porque, si así no lo hiciese, la recibiría antes de quince días. En cuanto á usted, Kahn, escriba al emperador, impida usted por todos los medios que la concesión se haga á favor de la Compañía del Oeste. Con seguridad que usted no la obtendrá, pero, mientras no pertenezca á nadie, podrá más adelante ser de usted.

Y, como ambos señores movían la cabeza en son de duda:

—Es cuanto puedo hacer en obsequio de ustedes—repuso con mayor sequedad.—Estoy caído, déjenme ustedes tiempo para volverme á levantar. ¿Tengo acaso el semblante triste? No por cierto, ¿no es así? Pues bien, háganme el favor de no parecer que van detrás de mi cortejo fúnebre... Por mi parte estoy satisfechísimo con volver á la vida privada. Voy por fin á descansar un poco.

Respiró con fuerza, cruzando los brazos y mecendo su corpulento busto. Y el señor Kahn no volvió á hablar de su asunto. Fingió la expresión indiferente de Poizat, tendiendo á manifestar una tranquilidad de espíritu á carta cabal. Delestang se las había con otro estante; hacía tras de los sillones, tan imperceptible ruido, que habríasele tenido á ratos por el muy prudente que produciría una legión de ratones saltados en medio de los legajos. El sol, que se deslizaba sobre la roja alfombra, iluminaba un ángulo de la mesa con rojiza claridad, en cuyo centro la bujía continuaba ardiendo con pálido fulgor.

Entretanto habíase entablado una íntima conversación. Rougón, que de nuevo se puso á atar paquetes, aseguraba que la política no era para él. Sonreíase con semblante bonachón, mientras que sus párpados, como fatigados, se entornaban sobre el destello de sus ojos. El habría querido poseer inmensas tierras que cultivar, con innúmeros rebaños que apacentar, caballos, bueyes, carneros, perros, de los cuales se constituiría en rey absoluto. Y refería que en los pasados tiempos, en Plassans, cuando no era sino un abogadillo de provincia, su mayor placer consistía en alejarse, puesto de blusa, para cazar durante dos días enteros en las gargantas del Seille, en donde mataba águilas. Teníase por campesino, y su abuelo había cavado la tierra. Después había llegado á cobrar aversión al mundo. El poder le aburría. Se iba á pasar el verano en el campo. En toda su vida habíase sentido tan ligero

como desde la mañana de aquel día; é imprimía á sus robustos hombros encogimientos formidables, como si hubiese echado al suelo pesada carga.

—¿De qué emolumentos disfrutaba usted aquí como presidente? ¿ochenta mil francos?—preguntó el señor Kahn.

Dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Y ahora no se quedará usted más que con sus treinta mil francos de senador.

¡Maldito lo que le importaba! Vivía poco más que con nada, no tenía vicios, y así era la verdad. No era jugador, ni trasnochador, ni era goloso. Soñaba con ser amo de su casa, y aquí paz y después gloria. Y, sin ser parte á remediarlo, volvía á su idea de poner una granja en que todos los animales le prestasen obediencia; aquel era su ideal, tener un látigo y mandar, ser superior, más inteligente y más fuerte. Poquito á poco se fué animando y habló de las bestias como hubiese hablado de los hombres, diciendo que las muchedumbres se perecen por el palo, que los pastores no guían los rebaños sino á pedradas. Se transfiguraba; sus gruesos labios se hendían de desprecio, su rostro por completo respiraba la fuerza. En su cerrado puño agitaba un legajo, que parecía á punto de lanzar á la cabeza del señor Kahn y de Du Poizat, inquietos y contrariados ante aquel brusco ataque de furor.

—El emperador no ha obrado bien—murmuró Du Poizat.

Entonces, en un santiamén, Rougón se sosegó;

volvió á su rostro la palidez ordinaria y su cuerpo pareció aplanarse con pesadez de hombre obeso. Púsose á hacer el elogio del emperador, por modo desmedido: era una inteligencia poderosa, un talento de increíble profundidad. Du Poizat y el señor Kahn cambiaron una mirada. Pero Rougón ensalzaba más todavía, hablando de su abnegación y diciendo con gran humildad que habíase sentido siempre orgulloso de ser un simple instrumento en manos de Napoleón III. Concluyó hasta con hacer perder la paciencia á Du Poizat, joven de viveza enfadosa. Y se entabló una disputa. Du Poizat hablaba amargamente de todo cuanto Rougón y él habían hecho por el Imperio, desde 1848 á 1851, cuando ambos engañaban el hambre en casa de madama Melania Correur. Hablaba de días terribles, sobre todo durante el primer año, días que transcurrieron chapoteando en el fango de París, para atraerse partidarios. Y, andando el tiempo, habían arriesgado veinte veces la pelleja. ¿No había sido Rougón quien, en la mañana del 2 de diciembre, se había apoderado del Palacio Borbón, á la cabeza de un regimiento de línea? Pues así se jugaba la cabeza. Y hoy se le sacrificaba víctima de una intriga cortesana. Pero Rougón protestaba; no había habido sacrificio; él, por sí y ante sí, se retiraba por motivos puramente personales. Y después, como Du Poizat, una vez lanzado, tratase á la gente de las Tullerías de «marranos», acabó por hacerle callar, asestando un puñetazo sobre el bufete de palisandro, que crugió de modo lastimero.

—Todo eso pertenece al género tonto—dijo sencillamente Rougón.

—Va usted un tanto lejos—masculló el señor Kahn.

Delestang, en extremo pálido, se había puesto de pie, detrás de los sillones. Abrió con gran tiento la puerta para ver si alguien escuchaba; pero tan sólo distinguió en la antesala la alta silueta de Merle, quien, vuelto de espaldas, parecía dar grandes muestras de discreción. La frase de Rougón había hecho ruborizar á Du Poizat, quien se calló, desimpresionado y mascando el cigarro, con ademán de descontento.

—No hay duda de que el emperador está mal rodeado—prosiguió Rougón tras de corto silencio.—Me he permitido decírselo, y se ha sonreído. Hasta se ha dignado bromear, agregando que los que á mí me rodean no eran mejores que los suyos.

Du Poizat y el señor Kahn se rieron con cierta violencia. Aquella contestación parecía de perlas.

—Pero, lo repito—continuó Rougón con particular acento,—me retiro por mi propia voluntad. Si se les interroga á ustedes, á ustedes que son mis amigos, afirmen que todavía ayer por la tarde era yo libre de retirar mi dimisión... Desmientan ustedes asimismo las chismografías que circulan tocante á ese asunto Rodríguez, del que, á lo que parece, se constituye toda una novela. Sobre este particular yo he podido encontrarme en desacuerdo con la mayoría del Consejo de Estado, y con este motivo ha habido en realidad ciertos rozamientos que han

apresurado mi retirada. Pero á mí me abonaban motivos más antiguos y más serios. Hallábame decidido, desde hacía mucho tiempo, á abandonar la alta posición que debía á la benevolencia del emperador.

Y dijo toda aquella tirada acompañándola con un movimiento de la mano derecha, de que abusaba siempre que hablaba á la Cámara. Aquellas explicaciones estaban á todas luces destinadas al público. El señor Kahn y Du Poizat, que conocían bien á *su* Rougón, trataron, con frases habilidosas, de saber lo que había de verdad. El grande hombre (como familiarmente se le llamaba entre ellos) debía de jugar un juego formidable. Llevaron la conversación á la política en general. Rougón se reía del régimen parlamentario, que llamaba «el estercolero de las medianías». A su parecer, la Cámara disfrutaba aún de una libertad absurda; hablábase en ella mucho más de la cuenta. Francia debía de ser gobernada por una máquina bien montada, con el emperador en todo lo alto y con los grandes cuerpos y los funcionarios por debajo de él, reducidos al estado de engranajes. Y se reía, henchido el pecho, en tanto que extremaba su sistema, con rabioso desprecio contra los imbéciles que piden gobiernos fuertes.

—Pero—interrumpió el señor Kahn,—con el emperador arriba y con los demás abajo, la cosa no resulta divertida más que para el emperador.

—Cuando uno se aburre, toma el portante—dijo tranquilamente Rougón.

Sonrióse y luego agregó:

—Se espera á que la cosa resulte divertida, y se vuelve.

Ocurrió un largo silencio. El señor Kahn púsose á restregar su sotabarba, muy satisfecho porque sabía cuanto quería saber. La víspera, en la Cámara, había estado en lo cierto, cuando insinuaban que Rougón, viendo su crédito vacilante en las Tullerías, se había anticipado, *de motu proprio*, á contrarrestar una desgracia para hacerse nueva piel, y el asunto Rodríguez le ofreció una soberbia ocasión para caer como hombre honrado.

—¿Y qué se dice?—preguntó Rougón para romper el silencio.

—Por mi parte, acabo de llegar—contestó Du Poizat.—Sin embargo, hace un instante oí decir en un café, á un señor condecorado, que aprobaba en gran manera la retirada de usted.

—Ayer, Béjuin se sentía afectadísimo—dijo á su vez el señor Kahn;—Béjuin le quiere á usted mucho. Es un muchacho un tanto frío, pero de gran solidez... Hasta el joven La Rouquette me pareció muy sensato y comedido. Hablaba de usted en los mejores términos.

Y la conversación continuó refiriéndose á unos y otros. Rougón, sin el menor encogimiento, dirigía preguntas y hacía dar reseña exacta por el diputado, quien le suministró, con la mayor complacencia, las notas más precisas sobre la actitud del Cuerpo legislativo tocante á él.

—Esta tarde—interrumpió Du Poizat, á quien dolía en el alma el no tener informe alguno que presen-

tar,—me pasearé por París, y mañana por la mañana, al levantarme, tendré largo y tendido que contar á usted.

—A propósito—exclamó el señor Kahn riendo,—¡me olvidaba de hablar á usted de Combelot!... No, en mi vida he visto hombre más fastidioso...

Pero se contuvo, en vista de un guiño que le hizo Rougón, señalándole la espalda de Delestang, encaramado á la sazón en una silla y ocupado en desbarazar la parte superior de una librería, en donde se hallaban amontonados muchos periódicos. El señor de Combelot se había casado con una hermana de Delestang. Este, después de la desgracia de Rougón, se sentía un tanto contrariado por su parentesco con un chambelán; así fué que quiso demostrar cierta desenvoltura. Volvióse, y dijo sonriendo:

—¿Por qué no prosigue usted?... Combelot es un simple. ¡Eh! ¡queda soltada la palabra!

Aquella desahogada ejecución de un hermano político regocijó infinito á aquellos señores. Delestang, viendo su buen éxito, llevó las cosas hasta el punto de burlarse de la barba de Combelot, aquella famosa barba negra, tan célebre entre el sexo débil. En seguida, sin transición, pronunció con seriedad estas palabras, echando un paquete de periódicos en la alfombra.

—Lo que pone triste á unos, alegra á otros.

Esta gran verdad trajo á la conversación el nombre de Marsy. Rougón, baja la cabeza y como perdido en el fondo de una cartera, cada una de cuyas